

ÍNDICE

PRESENTACIÓN	11
1. PLATÓN	
El alma, las ideas y el conocimiento (c. 370 a.c.)	15
2. ARISTÓTELES	
Definición del alma (s. IV a.c.)	21
3. LUCIO ANNEO SÉNECA	
El ideal del sabio (c. 58)	25
4. PLOTINO	
La naturaleza del alma (s. III)	29
5. SAN AGUSTÍN	
Sobre la memoria (c. 400)	33
6. SANTO TOMÁS DE AQUINO	
Alma y entendimiento agente (c. 1270)	39
7. GUILLERMO DE OCKHAM	
La «navaja de Ockham» y el conocimiento (c. 1337)	43
8. MICHEL DE MONTAIGNE	
La inteligencia de los animales (1595)	47
9. FRANCIS BACON	
Hacia una nueva lógica de las ciencias (1620)	51
10. GALILEO GALILEI	
Matemática y objetividad (1623)	55
11. RENÉ DESCARTES	
El alma humana y el animal máquina (1637)	59
12. THOMAS HOBBES	
Mecánica del hombre artificial y del hombre natural (1651)	63
13. BARUCH SPINOZA	
La teoría del doble aspecto (1677)	67
14. JOHN LOCKE	
El origen de las ideas (1690)	73
15. GEORGE BERKELEY	
Las cosas sólo existen en la mente (1710)	79

16. DAVID HUME	
Una concepción empirista del yo (1739)	83
17. JULIEN OFFRAY DE LA METTRIE	
El alma es una parte más de la máquina corporal (1747)	87
18. DAVID HARTLEY	
Vibración nerviosa y asociación mental (1749)	91
19. ÉTIENNE BONNOT DE CONDILLAC	
Un enfoque sensualista de la vida mental (1754).....	97
20. JEAN JACQUES ROUSSEAU	
Sobre el niño y su educación (1762).....	103
21. GOTTFRIED W. LEIBNIZ	
Las pequeñas percepciones (1765).....	107
22. FRANZ ANTON MESMER	
El magnetismo animal (1779)	113
23. THOMAS REID	
Percepción y realidad (1785).....	119
24. JEREMY BENTHAM	
Definición del utilitarismo (1789).....	125
25. IMMANUEL KANT	
Imposibilidad de la psicología como ciencia (1789).....	129
26. FRANZ JOSEPH GALL	
La frenología (1825).....	135
27. JAMES MILL	
La mecánica mental (1829)	139
28. JOHN STUART MILL	
La química mental (1843).....	145
29. AUGUSTE COMTE	
El estadio positivo o real en la evolución de la humanidad (1844).....	149
30. HERBERT SPENCER	
Continuidad evolutiva de animales y hombres (1855)	153
31. CHARLES DARWIN	
La evolución por selección natural (1859)	157
32. HERMANN VON HELMHOLTZ	
Las conclusiones (o inferencias) inconscientes (1866).....	161
33. FRANCIS GALTON	
Las capacidades intelectuales son innatas (1869).....	167
34. FRANZ BRENTANO	
Caracterización de lo psíquico (1874).....	171
35. GUSTAV T. FECHNER	
Una definición de la psicofísica (1882).....	177

36. CHARLES DARWIN	
La evolución de los comportamientos instintivos (1883).....	181
37. HERMANN EBBINGHAUS	
El estudio experimental de la memoria (1889).....	185
38. ERNST MACH	
Apariencia y realidad (1886).....	191
39. WILLIAM JAMES	
La corriente de conciencia (1890).....	193
40. FREDERIC MYERS	
La conciencia subliminal (1892).....	199
41. CONWY L. MORGAN	
El «canon de Morgan» y el problema de la mente animal (1894).....	203
42. JOHN DEWEY	
Un nuevo concepto de «arco reflejo» (1896).....	207
43. WILHELM WUNDT	
El objeto de la psicología (1896).....	211
44. WILHELM WUNDT	
Los métodos de la psicología (1896).....	215
45. EDWARD L. THORNDIKE	
Hacia una investigación experimental del comportamiento de los animales (1898).....	221
46. EDWARD B. TITCHENER	
Psicología estructural y psicología funcional (1898).....	227
47. ROBERT YERKES	
Psicología comparada y criterios del psiquismo (1905).....	233
48. JAMES R. ANGELL	
El credo funcionalista (1907).....	237
49. OSWALD KÜLPE	
El estudio experimental del pensamiento (1912).....	243
50. JOHN B. WATSON	
La psicología como ciencia de la conducta (1913).....	247
51. WOLFGANG KÖHLER	
Percepción y aprendizaje desde una perspectiva gestaltista (1927).....	253
52. SIGMUND FREUD	
Sobre la agresión (1930).....	259
53. JOHN B. WATSON	
El condicionamiento de la conducta emocional (1930).....	263
54. EDWARD C. TOLMAN	
Un conductismo molar (1932).....	267
55. IVAN P. PAVLOV	
El descubrimiento de los reflejos condicionados (1934).....	273

56. SIGMUND FREUD	
El aparato psíquico (1940).....	277
57. CLARK L. HULL	
Hacia una teoría general de la conducta (1943)	283
58. ALAN M. TURING	
El juego de la imitación (1950)	287
59. BURRHUS F. SKINNER	
El condicionamiento operante (1953)	291
60. LEON FESTINGER	
La disonancia cognitiva (1957)	295
61. NOAM CHOMSKY	
Una crítica al conductismo skinneriano (1959).....	299
62. NEAL E. MILLER	
El psicoanálisis tal como lo ve el teórico del aprendizaje (1959)	303
63. CARL ROGERS	
La terapia centrada en el cliente (1959)	307
64. GEORGE A. MILLER	
El conductismo subjetivo (1960).....	311
65. KELLER BRELAND y MARIAN BRELAND	
La batalla perdida contra el «instinto» (1961)	315
66. HERBERT A. SIMON	
El cerebro como «hardware» (1964).....	319
67. ULRIC NEISSER	
El procesamiento de la información (1967)	323
68. JEAN PIAGET	
La construcción del conocimiento (1970)	327
69. THOMAS SZASZ	
El mito de la enfermedad mental (1970).....	331
70. ABRAHAM H. MASLOW	
Conductas encaminadas a la autorrealización (1971).....	335
71. BURRHUS F. SKINNER	
¿Hombre autónomo o control ambiental? (1971).....	339
72. ROY LACHMAN	
La psicología cognitiva como paradigma (1979)	343
73. JOHN SEARLE	
La habitación china (1984).....	347
74. DAVID E. RUMELHART	
El procesamiento distribuido en paralelo (1986).....	351
75. JEROME S. BRUNER	
Los avatares de la psicología cognitiva (1986)	357
CRÉDITOS.....	361
ÍNDICE DE AUTORES.....	367

SIGMUND FREUD (1856-1939)

La importancia y significación de Freud van más allá de la estricta historia de la psicología hasta alcanzar una gran influencia en el marco más amplio de la cultura occidental moderna. En un principio no intentó crear una teoría psicológica compleja, pero al final elaboró algo más que un sistema psicológico. El psicoanálisis, obviamente, tiene su historia; y no posee un desarrollo rectilíneo. Una clara evolución del pensamiento de Freud se ejemplifica en su teoría sobre el «aparato psíquico» del que, a lo largo de su obra, nos encontramos con dos modelos a los que corrientemente solemos referirnos como las dos *tópicas* freudianas.

La primera concepción tópica del aparato psíquico aparece en *La interpretación de los sueños* (1900) y su autor distingue en ella tres sistemas: consciente, preconscious e inconsciente. En 1923, en la obra *El yo y el ello*, Freud formuló otra concepción de la personalidad, conocida como «modelo estructural» (o «segunda tópica»), donde distingue tres diferentes entidades de organización en el aparato psíquico: el ello, el yo y el super-yo, que se diferencian sobre la base de sus distintas funciones. Sin embargo, Freud no renunció a armonizar sus dos tópicos. La exposición más precisa de esta tentativa se encuentra en una de sus últimas obras, *Compendio del psicoanálisis*, que comenzó a escribir en 1938 y que no se publicó hasta después de su muerte. A ella corresponde el extracto aquí reproducido.

Lecturas recomendadas

- ELLENBERGER, H. F., *El descubrimiento del inconsciente*. Madrid: Gredos, 1970. Una obra imprescindible para conocer a Freud, a sus más inmediatos seguidores, a los llamados neopsicoanalistas y la «psicología del inconsciente» en general.
- FERRÁNDIZ, A., «Las escuelas de psicología profunda». En J. Arnau y H. Carpintero (eds.), *Historia, teoría y método*. Madrid: Alhambra, 1989 (pp. 167-203). Una visión general, clara y bien estructurada, del pensamiento y del impacto actual de Freud, Adler y Jung.

- GAY, P., *Freud*. Barcelona: Paidós, 1990 (2.^a ed.). Una rigurosa visión de Freud hecha a finales del siglo xx.
- HALL, C. S., *Compendio de psicología freudiana*. Buenos Aires: Paidós, 1978 (8.^a ed.). Clara y breve exposición sistemática de la psicología de Freud.
- JONES, E., *Vida y obra de Sigmund Freud*. Barcelona: Anagrama, 1970. Este libro ocupa un lugar único entre las biografías de Freud. Su autor fue durante toda su vida un íntimo amigo de Freud y fiel colaborador, lo que le permitió el acceso a gran cantidad de material inédito.
- LAPLANCHE, J. y PONTALIS, J. B., *Diccionario de psicoanálisis*. Barcelona: Labor, 1971. Este diccionario aporta una buena comprensión, contextualizada, de los conceptos psicoanalíticos.

El aparato psíquico

[1940]

El psicoanálisis parte de un supuesto básico cuya discusión concierne al pensamiento filosófico, pero cuya justificación radica en sus propios resultados. De lo que hemos dado en llamar nuestro psiquismo o vida mental son dos las cosas que conocemos: por un lado, su órgano somático y teatro de acción, el encéfalo o sistema nervioso; por el otro, nuestros actos de conciencia, que se nos dan en forma inmediata y cuya intuición no podría tornarse más directa mediante ninguna descripción. Ignoramos cuanto existe entre estos dos términos finales de nuestro conocimiento; no se da entre ellos ninguna relación directa. Si la hubiera, nos proporcionaría a lo sumo una localización exacta de los procesos de conciencia, sin contribuir en lo [más] mínimo a su mayor comprensión.

Nuestras dos hipótesis arrancan de estos términos o principios de nuestro conocimiento. La primera de ellas concierne a la localización: presumimos que la vida psíquica es la función de un aparato al cual suponemos espacialmente extenso y compuesto de varias partes, o sea que lo imaginamos a semejanza de un telescopio, de un microscopio o algo parecido. La consecuente elaboración de semejante concepción representa una novedad científica, aunque ya se hayan efectuado determinados intentos en este sentido.

Las nociones que tenemos de este aparato psíquico las hemos adquirido estudiando el desarrollo individual del ser humano. A la más antigua de esas provincias o instancias psíquicas la llamamos *ello*; tiene por contenido todo lo heredado, lo innato, lo constitucionalmente estable-

cido; es decir, sobre todo, los instintos originados en la organización somática, que alcanzan en el *ello* una primera expresión psíquica, cuyas formas aún desconocemos.

Bajo la influencia del mundo exterior real que nos rodea, una parte del *ello* ha experimentado una transformación particular. De lo que era originalmente una capa cortical dotada de órganos receptores de estímulos y de dispositivos para la protección contra las estimulaciones excesivas, desarrolló paulatinamente una organización especial que desde entonces oficia de mediadora entre el *ello* y el mundo exterior. A este sector de nuestra vida psíquica le damos el nombre de *yo*.

Características principales del «yo»

En virtud de la relación preestablecida entre la percepción sensorial y la actividad muscular, el *yo* gobierna la motilidad voluntaria. Su tarea consiste en la autoobservación, y la realiza en doble sentido. Frente al mundo *exterior* se percata de los estímulos, acumula (en la memoria) experiencias sobre los mismos, elude (por la fuga) los que son demasiado intensos, enfrenta (por adaptación) los estímulos moderados y, por fin, aprende a modificar el mundo exterior, adecuándolo a su propia conveniencia (actividad). Hacia el *interior*, frente al *ello*, conquista el dominio sobre las exigencias de los instintos, decide si han de tener acceso a la satisfacción, aplazándola hasta las oportunidades y circunstancias más favorables del mundo exterior, o bien suprimiendo totalmente las excitaciones instintivas. En esta actividad el *yo* es gobernado por la consideración de las tensiones excitativas que ya se encuentran en él o que va recibiendo. Su aumento se hace sentir por lo general como *displacer*, y su disminución, como *placer*. [...] El *yo* persigue el placer y trata de evitar el *displacer*. Responde con una *señal de angustia* a todo aumento esperado y previsto del *displacer*, calificándose de *peligro* el motivo de dicho aumento, ya amenace desde el exterior o desde el interior. Periódicamente el *yo* abandona su conexión con el mundo exterior y se retrae al estado del dormir, modificando profundamente su organización. De este estado de reposo se desprende que dicha organización consiste en una distribución particular de la energía psíquica.

Como sedimento del largo período infantil durante el cual el ser humano en formación vive en dependencia de sus padres, fórmase en el *yo* una instancia especial que perpetúa esa influencia parental, y a la que se ha dado el nombre de *super-yo*. En la medida en que se diferen-

cia del *yo* o se le opone, este *super-yo* constituye una tercera potencia que el *yo* ha de tomar en cuenta.

Una acción del *yo* es correcta si satisface al mismo tiempo las exigencias del *yo*, del *super-yo* y de la realidad; es decir, si logra conciliar mutuamente sus demandas respectivas. Los detalles de la relación entre el *yo* y el *super-yo* se tornan perfectamente inteligibles, reduciéndolos a la actitud del niño frente a sus padres. Naturalmente, en la influencia parental no sólo actúa la índole personal de aquéllos, sino también el efecto de las tradiciones familiares, raciales y populares que ellos perpetúan, así como las demandas del respectivo medio social que representan. De idéntica manera, en el curso de la evolución individual el *super-yo* incorpora aportes de sustitutos y sucesores ulteriores de los padres, como los educadores, los personajes ejemplares, los ideales venerados en la sociedad. Se advierte que, a pesar de todas sus diferencias fundamentales, el *ello* y el *super-yo* tienen una cosa en común: ambos representan las influencias del pasado: el *ello*, las heredadas; el *super-yo*, esencialmente las recibidas de los demás, mientras que el *yo* es determinado principalmente por las vivencias propias del individuo; es decir, por lo actual y accidental.

[...]

Toda ciencia reposa en observaciones y experiencias alcanzadas por medio de nuestro aparato psíquico [...].

En el curso de esta labor se nos imponen las diferenciaciones que calificamos como *cualidades psíquicas*. No es necesario caracterizar lo que llamamos *consciente*, pues coincide con la conciencia de los filósofos y del habla cotidiana. Para nosotros todo lo psíquico restante constituye lo *inconsciente*. [...] Todo lo inconsciente [...] que puede trocar fácilmente su estado inconsciente por el consciente, convendrá calificarlo [...] como «susceptible de conciencia» o *preconsciente*. [...].

Por tanto, hemos atribuido tres cualidades a los procesos psíquicos: éstos pueden ser conscientes, preconscientes e inconscientes. La división entre las tres clases de contenidos que llevan estas cualidades no es absoluta ni permanente. [...] Lo preconsciente se torna consciente sin nuestra intervención, y lo inconsciente puede volverse consciente mediante nuestros esfuerzos, que a menudo nos permiten advertir la oposición de fuertes resistencias. [...] Lo que en el tratamiento analítico por ejemplo, es resultado de nuestro esfuerzo, también puede ocurrir espontáneamente: un contenido generalmente inconsciente se transforma en preconsciente y llega luego a la conciencia, como ocurre profu-

samente en los estados psicóticos. Deducimos de ello que el mantenimiento de ciertas resistencias internas es una condición ineludible de la normalidad. En el estado del dormir prodúcese regularmente tal disminución de las resistencias, con la consiguiente irrupción de contenidos inconscientes, quedando establecidas así las condiciones para la formación de los sueños. Inversamente, contenidos preconcientes pueden sustraerse por un tiempo a nuestro alcance, quedando bloqueados por resistencias, como es el caso de los olvidos fugaces, o bien un contenido preconciente puede volver transitoriamente al estado inconsciente [...].

Presentada con este carácter general y simplificado la doctrina de las tres cualidades de lo psíquico, parece ser más bien una fuente de insuperable confusión que un aporte al esclarecimiento [...]. Es de presumir, sin embargo, que aún podremos profundizar esta doctrina si perseguimos las relaciones entre las cualidades psíquicas y las provincias o instancias del aparato psíquico que hemos postulado; pero también estas relaciones están lejos de ser simples.

La conciencia se halla vinculada, ante todo, a las percepciones que nuestros órganos sensoriales reciben del mundo exterior. Por consiguiente, para la condición topográfica es un fenómeno que ocurre en la capa cortical más periférica del *yo*. [...]

Procesos conscientes en la periferia del *yo*; todos los demás, en el *yo*, inconscientes: he aquí la situación más simple que podríamos concebir. Bien puede ser valedera en los animales, pero en el hombre se agrega una complicación por la cual también los procesos internos del *yo* pueden adquirir la cualidad de conciencia. Esta complicación es obra de la función del lenguaje. [...]

El interior del *yo*, que comprende ante todo los procesos cogitativos e intelectivos, tiene la cualidad de preconciente. Ésta es característica y privativa del *yo* [...]. El estado preconciente, caracterizado de una parte por su accesibilidad a la conciencia, y de otra por su vinculación con los restos verbales, es, sin embargo, algo particular, cuya índole no queda agotada por esas dos características. Prueba de ello es que grandes partes del *yo* —y, ante todo, del *super-yo*, al que no se puede negar el carácter de preconciente—, por lo general permanecen inconscientes en sentido fenomenológico. [...]

Lo inconsciente es la única cualidad dominante en el *ello*. El *ello* y lo inconsciente se hallan tan íntimamente ligados como el *yo* y lo preconciente, al punto que esa relación es aún más exclusiva en aquel

caso. Un repaso de la historia evolutiva del individuo y de su aparato psíquico nos permite comprobar una importante distinción en el *ello*. Originalmente, desde luego, todo era *ello*; el *yo* se desarrolló del *ello* por la incesante influencia del mundo exterior. Durante esta lenta evolución, ciertos contenidos del *ello* pasaron al estado preconscious y se incorporaron así al *yo*; otros permanecieron intactos en el *ello*, formando su núcleo, difícilmente accesible. Mas durante este desarrollo el joven y débil *yo* volvió a desplazar al estado inconsciente ciertos contenidos ya incorporados, abandonándolos, y se condujo de igual manera frente a muchas impresiones nuevas que podría haber incorporado, de modo que éstas rechazadas, sólo pudieron dejar huellas en el *ello*. Teniendo en cuenta su origen, denominaremos *lo reprimido* a esta parte del *ello*. Poco importa que no siempre podamos discernir claramente entre ambas categorías de contenidos *éllicos*, que corresponden aproximadamente a la división entre el acervo innato y lo adquirido durante el desarrollo del *yo*.

Si aceptamos la división topográfica del aparato psíquico en un *yo* y un *ello*, con la que corre paralela la diferenciación de las cualidades preconscious e inconsciente; si, por otra parte, sólo consideramos estas cualidades como *signos* de la diferencia, pero no como la misma esencia de éstas, ¿en qué reside entonces la verdadera índole del estado que se revela en el *ello* por la cualidad de lo inconsciente, y en el *yo* por la de lo preconscious? ¿En qué consiste la diferencia entre ambos?

Pues bien: nada sabemos de esto [...]. Nos hemos aproximado aquí al verdadero y aún oculto enigma de lo psíquico [...].

Tras todas estas incertidumbres asoma, empero, un nuevo hecho cuyo descubrimiento debemos a la investigación psicoanalítica. Hemos aprendido que los procesos del inconsciente o del *ello* obedecen a leyes distintas de las que rigen los procesos en el *yo* preconscious. En su conjunto, denominamos a estas leyes *proceso primario*, en contradicción con el *proceso secundario*, que regula el suceder del preconscious, del *yo*. Así pues, el estudio de las cualidades psíquicas no ha resultado, a la postre, estéril.

[FREUD, S., *Esquema del psicoanálisis*.
Madrid: Alianza, 1974 (pp. 107-110 y 121-127).
Trad, L. López Ballesteros y R. Rey.]